

Llamamiento a renovar el compromiso

en la mitad del Decenio para Superar la Violencia 2001-2010: Iglesias que buscan la reconciliación y la paz

El presente documento intenta aprehender las enseñanzas, la dinámica y los resultados de la primera parte del Decenio. Además, nos hace acordar que el Decenio prosigue. En septiembre de 2005 fue presentado al Comité Ejecutivo que afirmó su contenido en el entendido de que será dado a los delegados en el contexto de la Plenaria sobre el Decenio para Superar la Violencia como un llamamiento a la iglesias para que renueven su compromiso.

“Nada es tan característico del cristiano como ser pacificador” (San Basilio el Grande)

Han pasado cinco años desde que el Consejo Mundial de Iglesias inició el Decenio para Superar la Violencia. La Asamblea de Porto Alegre cae en la mitad de ésta y brinda una oportunidad para celebrar lo realizado, compartir experiencias, hacer una evaluación provisional y volver a determinar el curso que ha de seguirse durante la segunda mitad.

Los objetivos de superar la violencia y crear una cultura de paz implican desafíos espirituales, teológicos y prácticos para nuestras iglesias que afectan al centro de lo que significa ser iglesia. El debate sobre el espíritu y la lógica de la violencia en toda su extensión ha comenzado pero el curso que ha tomado exige perseverancia y resistencia.

Es alentador que un número cada vez mayor de iglesias y regiones hayan aceptado trabajar en el marco del Decenio. Se han creado y fortalecido lazos de solidaridad ecuménica en la búsqueda de reconciliación y paz: han comenzado nuevas iniciativas en todo el mundo, han surgido nuevas alianzas para la construcción de la paz, se está llevando adelante una nueva reflexión teológica y un número creciente de cristianos redescubren una espiritualidad de no violencia.

El diálogo interreligioso sobre las conexiones ocultas entre religión y violencia ha llegado a ser uno de los temas principales del Decenio. Esto es verdad en particular por lo que respecta al diálogo entre cristianos y musulmanes. La confianza que se ha creado gracias al diálogo paciente y a la cooperación práctica para el bien común puede impedir que la religión se utilice como arma.

Durante los cinco primeros años nos vimos enfrentados con crueles ataques terroristas, que provocaron guerras en Afganistán e Iraq. El espíritu, la lógica y la práctica de la violencia se manifestaron nuevamente en una dimensión imprevista. Los ingentes esfuerzos para afianzar la seguridad en el contexto de la llamada “guerra contra el terrorismo” han provocado una perceptible proliferación de armas y un crecimiento de la militarización general del mundo. Si bien estamos empezando a entender más las exigencias éticas de la responsabilidad de proteger a quienes no pueden protegerse, estamos convencidos de que el terrorismo internacional no va a ser vencido con medios militares. Al mismo tiempo reconocemos que hay más personas que todavía son víctimas de la violencia en conflictos civiles y locales a las que se las reprime con armas livianas y pequeñas. Esto sigue siendo una gran tarea para las iglesias.

La preocupación por la seguridad ha llegado a ser el motivo principal de las decisiones individuales, así como de las sociales y las políticas. La “seguridad humana” es el fruto de las relaciones en comunidad justas. Reconocemos que la seguridad está siendo cada vez más amenazada por los efectos de la mundialización económica. Por lo tanto, la búsqueda de “una mundialización en la que se tengan en cuenta las personas y la tierra” tiene que entenderse como una contribución decisiva para la continuación del Decenio.

El respeto por la dignidad humana, la preocupación por el bienestar del vecino y la promoción activa del bien común son imperativos del Evangelio de Jesucristo. Hombres y mujeres son creados igualmente a imagen de Dios y justificados por la gracia. Por lo tanto, los derechos humanos son elementos para impedir la violencia en todos los planos: individual, interpersonal y colectivo, especialmente la violencia contra mujeres y niños. Esto debe incluir el esfuerzo por crear y perfeccionar el estado de derecho en todas partes. Debemos seguir tratando de entender la justicia “restauradora” o “transformadora” con el objetivo de establecer relaciones viables y justas en las comunidades.

Renunciar a cualquier justificación teológica y ética de la violencia exige un discernimiento que saca su fuerza de una espiritualidad y un discipulado de la no violencia activa. Nos hemos comprometido a llevar a cabo una reflexión ético-teológica profunda en común y una labor de promoción para la prevención de los conflictos no violentos, la gestión de los conflictos civiles y la consolidación de la paz. La praxis de la no violencia debe arraigarse en una espiritualidad que reconozca nuestra propia vulnerabilidad; que dé poder a los que no lo tienen y los aliente para que puedan enfrentar a los que hacen abuso del mismo; que confíe en la presencia activa del poder de Dios en los conflictos humanos y, por lo tanto, sea capaz de trascender la aparente falta de salidas en las situaciones de violencia.

Durante la segunda mitad del decenio aumentaremos nuestros esfuerzos por lograr alianzas más firmes y vínculos más eficaces entre iglesias, redes y movimientos. Apoyaremos y coordinaremos proyectos comunes, que tengan como objetivo la creación de estructuras, instrumentos y comunidades de gestión de conflictos civiles no violentos. El “espacio” ecuménico que ofrece el Decenio debe emplearse para realizar encuentros entre los que figuren organizaciones gubernamentales y no gubernamentales.

Nuestro objetivo sigue siendo mover la búsqueda de la reconciliación y la paz “de la periferia al centro de la vida y el testimonio de la iglesia”. La construcción de la paz de modos no violentos es una virtud cristiana esencial y un imperativo del mensaje evangélico mismo. Estamos decididas a ser lo que estamos llamadas a ser: “embajadores de la reconciliación” (2 Co 5). Esta es la misión de la sanación, que incluye el acompañamiento responsable de quienes no tienen voz así como decir la verdad a los que están en el poder. Rechazaremos todos los intentos de emplear la violencia y el temor como instrumentos de la política.

La comunidad ecuménica de iglesias manifiesta enérgicamente la convicción de que la comunión de los santos que es un don de Dios y está arraigada en la vida trinitaria de Dios puede superar la cultura de enemistad y exclusión que lleva continuamente al círculo vicioso de la violencia. Se ha vuelto en sí misma una imagen de las posibilidades de la vida reconciliada juntas a la vez que reconoce las diversidades que

se mantienen. Si esta comunidad llega a ser una defensora de la reconciliación de todos los pueblos en todos los lugares que padecen violencia y presenta maneras activas no violentas de resolver los conflictos, seremos verdaderamente un testigo creíble de la esperanza que hay en nosotros, que construye una cultura de paz y reconciliación para toda la creación.

No es necesario decir cómo llega la bondad de Cristo bañada en Paz. Por lo tanto, debemos aprender a dejar de contender, sea contra nosotros mismos, sea unos contra otros, sea contra los ángeles y, en su lugar, trabajar juntos incluso con los ángeles para que se cumpla la Voluntad de Dios, de conformidad con el propósito Providencial de Jesús que obra todas las cosas en todos y hace la Paz, increíble y predeterminada desde la Eternidad, y nos reconcilia con Él y, en Él, con el Padre. Respecto a estos dones sobrenaturales se ha dicho bastante con la confirmación del santo testimonio sacado de las Escrituras.

(Dionisio el Aeropagita)

Oramos: Dios, en tu Gracia, transfórmanos, transforma el mundo.